

Cuentos del domingo

SEPTIEMBRE 18 DE 1898

EL ÚLTIMO FAVOR.

Antonio y Samuel comenzaron juntos su carrera militar en la Academia de Infantería, en Toledo, ligados por amistad tan estrecha que sus compañeros les llamaban *los inseparables*, puesto que á todas partes iban juntos, compartiendo, no sólo sus alegrías y tristezas, sino sus escasos ahorros, con lo cual salía siempre Antonio perjudicado, porque Samuel tenía tan desmedidas aficiones al juego que cotidianamente dejaba su bolsillo y el de su amigo bostezando y escurridos.

En un principio Antonio no se alarmó de aquellas peligrosas distracciones de Samuel, y sólo se dolía de ellas por el tiempo que de su grata compañía le robaban; pero más adelante, cuando comprendió que podían serle perjudiciales, habían llegado á tal extremo que no fueron bastante á contenerle los consejos y advertencias de Antonio, que amenazaba á Samuel con revelárselo todo á su padre, que era un general pundonoroso, enérgico é intransigente con la más pequeña falta de su hijo.

Salieron oficiales y ambos fueron destinados al mismo regimiento, donde quiso la desgracia que nombrasen habilitado á quien nunca debió serlo, sin embargo, no se alarmó Antonio de ello porque no pudo sospechar que su amigo llegaría al extremo de *mancillar su honor y de jugarse lo que no era suyo.*

No le duró mucho tiempo esta esperanza, porque un día recibió en su casa á Samuel que llegaba con tan alarmantes señales de sobresalto y aflicción, que Antonio comprendió al momento que algo muy grave le había sucedido, por lo cual le interrogó hasta el punto de saber que Samuel había jugado y perdido los fondos que tenía obligación de entregar perentoriamente. Antonio participó al pronto del anonadamiento de su amigo, pero al instante se rehizo y saliendo de su casa vendió cuanto tenía, pidió prestado, recurrió á la usura, empeñó su paga, estrujó su crédito y cuando reunió de aquí y de allá lo suficiente para salvar la honra de su amigo, le construyó á que jurase por lo más sagrado, antes de entregarle el dinero, que no volvería á jugar en todos los días de su vida.

Apretado por la necesidad y

en aquel instante poseído de arreptimiento, Samuel juró llorando, abrazó á su amigo, guardóse el oro, partió al instante, pagó su deuda y estuvo muchos días sin parecer por la casa de juego, pero... la tentación, más poderosa que su voluntad, le indujo á que volviera bajo la interior promesa y en la confianza de ser espectador, espectador tan sólo y ya en este camino, vuelta la ocasión con la flaqueza, su desgracia le puso otra vez en el trance de jugar lo suyo y de escurrirse á lo ageno, aventurando de nuevo al alzar la, para él sagrada, consignación del regimiento.

Antonio que vigilaba sus pasos, no tardó mucho en conocer la tremenda falta de su amigo, y no pudiendo salvarle porque tenía ya su crédito agotado, reveló al padre de Samuel la situación en que se hallaba su hijo.

El pundonoroso militar hubiera preferido morir á tener noticia tan deshonorosa y triste.

Pagó la deuda de Samuel consumiendo en ello sus escasos ahorros, y le trató con la mayor dureza, diciéndole, en fin, que antes que dejar deshonorado el apellido de su familia, debía pegarse un tiro.

Juró de nuevo Samuel no volver á jugar y estuvo otra vez largo tiempo sin frecuentar los lugares donde se ponía á juego el ajeno, pero al fin, no pudo resistir al vicio que de él se había apoderado, pensando que Dios le protegía, puesto que le había dejado dos veces del temeroso compromiso, teniendo más confianza que cautela, no solo volvió á jugar lo suyo, sino que apeló de nuevo á los fondos de sus compañeros.

La noche en que Samuel lanzaba á la varia fortuna el dinero del regimiento, estaba Antonio delante de él, y cada vez que los azares de la suerte le arrebatan un billete ó un puñado de oro, su amigo le miraba con ansiedad mortal, preguntándole con los ojos: *¿De dónde has sacado ese dinero?* Samuel rehusa las miradas de Antonio, y con mano temblorosa iba colocando los billetes junto á las cartas, en tanto que con ojos febriles los miraba hasta verlos desaparecer impulsados por la insaciable mano del banquero.

Volvía otra vez á dejar un puñado de billetes sobre el tapete verde, y quedaba anhelante, pálido, poseído por la horrible fiebre del juego, esperando la carta que había de duplicar aquel dinero ó arrancárselo de las manos, tal vez para no devolvérselo nunca;

ca; y cuanto mayores eran sus pérdidas, se le acrecentaba el deseo de resarcirse de ellas, porque, según él pensaba, la fortuna no podía serle tan adversa que siempre y á cada instante le volviera la espalda, y esperando con ansiedad infinita, con palpitantes anhelos de enfermo, el momento en que le fuera propicia, jugaba, y jugaba sin cesar y sin concierto, llegando al extremo de perder cuanto poseía y de ver huír con el último billete la postrera esperanza.

Apartóse de la mesa de juego y cayó sobre un diván, sin fuerzas ni alientos para hablar siquiera, y Antonio, acercándose á él, le dijo en voz baja:

—¿Te has jugado los fondos del regimiento?

Samuel tardó mucho en responder á su amigo, pero al fin hizo un ligero movimiento afirmativo, quedando sumido en la más profunda tristeza.

—¿Te puede salvar tu padre?

—No... Nadie... No tengo esperanza...

Al siguiente día Antonio fue en busca de su amigo, y aunque no le habló de la situación en que se hallaba, comprendió de sobra que no había encontrado medio de zanjarla; entonces con pretexto de distraerle le condujo al Casino Militar, donde había gran concurrencia, y así logró que Samuel interviniera en la conversación, contradiciéndole á cada paso con las palabras más duras y mortificantes; y como amigo le reconviniera por ellas, Antonio delante de todo el mundo le abofeteó y le escupió el rostro.

Quedó concertado el duelo para el siguiente día, con asombro de los compañeros de ambos combatientes que extrañaban que amigos tan íntimos hubiesen llegado á tal extremo.

Así que se vieron en el terreno, el uno frente al otro con las armas en la mano, Samuel descubrió en la mirada de su amigo la intención que tenía este de matarle, y el asombro y el temor le aturdieron de tal suerte que no pudo evitar la estocada con que Antonio le cruzó el pecho de parte á parte.

Inmediatamente se dirigió el matador á casa del general, y pálido y desconcertado le dijo:

—Samuel se ha jugado de nuevo los fondos del regimiento.

—Pues bien, ya sabe que su deber es pegarse un tiro.

—Es imposible, mi general. Ayer tuvimos una acalorada disputa... nos injuriamos y ofendimos delante de gente... y esta mañana...

—Nos hemos batido.

—Y Samuel?

—Ha muerto.

El general estuvo á punto de lanzarse sobre Antonio, pero

pensando instantáneamente acerca de lo sucedido, exclamó:

—Gracias, haz salvado su honra, que es la mía... Yo buscaré el dinero pero... no vuelvas más á verme.

RAFAEL TORROMÉ.

UN PERSONAJE de la SITUACION.

Sólo al verlo le venían á uno tentaciones de pedirle la bendición, tal era su seriedad, su manera de andar, y sobre todo, el ademán especial, *sui generis* que tenía para saludar y que semejaba al de los Obispos que contestan al saludo con un muy particular levantamiento de la diestra. Era muy conocido; todo mundo, al verle, decía: "ahí va don Mamerto."

El buen señor había reunido unos pesos en el comercio y no era extraño á la usura, que él ponía bajo la advocación del santo amor al prójimo.

Entre sus *abarrotos* y sus comisiones, don Mamerto ejercía de hombre amable; no hacía mucho tiempo que era un *peiao*; pero ahora algunos contratos con el Municipio para *hacer disfraces* y otros análogos, diéronle cierto prestigio aparte de algunos pesos.

Con algunas reservas tomaba en empeño el reloj de cualquier amigo.

Con estas y las otras, de pronto había resultado Mamerto un señor Don y ya en él la levita fué su traje cotidiano.

Nuestros campesinos, que generalmente son maestros de gramática parda, en cuanto se apercibieron que Mamerto usaba *leva* y tenía su comercio abastecido, se digeron: "A éste."

El primero que se disparó fué un lagarto de El Naranjo. Aconteció esto un lunes, día de feria. Mamerto estaba tras el mostrador y el otro entró á la tienda, haciendo descaballar de sus hombros una enorme alforja de baqueta.

Un dependiente acudió.

—¿Qué se ofrece á Ud.....?

—Yo... nada... Y el tío lagarto se reía entre el bigote con un aire lleno de malicias.

Acudió el mismo Mamerto.

—Oiga, mi amigo, que vamos á tratar...

—Buenos días, don Mamerto; cómo le ha amanecido... ¿No me vengo hoy á comprar nada; vengo en comisión.

—En comisión... ¿Y eso...?

—Pues nada... Ud. sabrá.

—Pero hombre, yo que voy á saber...

—No está ya la política en lo mejor...

—Sí, pero yo no soy de esos...

—No se haga el tonto... don Mamerto. Allá en el Naranjo no somos nada todavía... pero á mí me mandaron donde Ud. á una cosa...

Ahora voy á comprar unas cosillas y dígame á qué hora podemos hablar á solas... porque *la cosa* es seria...

Don Mamerto se quedó pensativo... Un mundo de pensamientos acudió á su mente y la ambición, contenida hasta entonces, estalló de improviso con una intensidad alarmante.

Mientras tanto el tío lagarto llenaba sus alforjas y dijo al dependiente:

—Pregúntele al patrón á qué hora quiere que vuelva... yo más tarde *pago* esto.....

* *

La entrevista dió resultados famosos: Mamerto, sin saber cómo ni cuándo, se encontró siendo Jefe de Partido en la Provincia: como en el fondo era un Juan Lanás y la Jefatura se le subió en firme no pensó en cerciorarse de nada. Demás de esto pensaba que toda su vida había sido Jefe y que á su dignidad de tal no convenía preguntar cosas que podían hacer creer que él mismo desconfiaba de sus méritos.....

Hizo llamar por la tarde á varios amigos, ó que por tales se daban, y sentándose todos á la sombra de un naranjero, frente á la tienda, don Mamerto, con tono solemne, les dijo:

—Amigos míos: la política... ya ven Uds.!... Yo... Uds. ven que... Pues bien, queridos compañeros... El Naranjo es mío!!!

Todos miraron al árbol sin atinar con lo que Mamerto quería significar.

Esta, ya sin poderse contener, gritó al dependiente:

—Morales, tráigase una botella de cognac... and soda rota.....

Todos los labios sonrieron no sabemos si por lo del cognac ó por lo de *soda-rota*, que Mamerto, dando muestras de erudición en la lengua de Milton, confundía con *soda-water* (*uota*).

Era el auditorio de suyo tierno y el cognac, Robin legítimo; así fue que al anoecer aquello estaba de alabar á Dios: habíaseles reunido media ciudad y ya Morales había puesto doce ayudantes para descórchar botellas.

Todos se hallaban calamocanos y entusiasmadísimos: gritos frenéticos de "¡Viva don Mamerto!" y algunos de "¡viva el pueblo!" atronaron el espacio casi toda la noche. Nuestro hombre, ronco, bañado en lágrimas de agradecimiento y no muy firme para andar, se retiró repitiendo:

—Na... ran... jo... mio... gracias, a... mado pueblo, gra... cias!

* *

Varios telegramas se cruzaron entre la Comandancia y la Presidencia de la República: se daba por hecho que Mamerto era un Jefe popular; pero de qué partido? Eso nadie lo sabía. Y lo mejor era que el mismo Mamerto se veía apurado para responder, y era como él decía:

—Esto fué tan de repente que no se ya ni que apellido tengo.

El Gobierno vio la ocasión y la asió por los cabellos: Mamerto recibió un telegrama así:

"Gobierno agradecidísimo con el popular y simpático jefe de XXX don Mamerto ensillado. Cuenta con él y pone á su orden quince mil pesos etc., etc.—Se le espera por primer tren para darle instrucciones.—firmado: Sebollin de Cocinar, presidente del Club Civil Central.

Y ahí tienen Uds. á don Mamerto en el apuro más grande de su vida.

El Gobierno contaba con él y le llamaba, Dios mío! Pues á qué horas se *había hecho* civil ni gobiernista... ni nada!

Con el alma en los dientes presentó el telegrama á su mujer que estaba en la cocina.

—Y ahora...?

—Yo no sé, mujer... tu marido